

El camino siempre es más corto y el cansancio siempre es menor cuando tenemos buenos compañeros de viaje (Haved Nivah)

1. Partir juntos el pan

El origen de la palabra "acompañar" tiene sus raíces en el latín "*companion*", de *cum panis*, es decir, aquel con quien se comparte el pan. La misma raíz latina también da lugar a la palabra acompañante y, en este caso, por qué no decir compañero de viaje. Toda riqueza simbólica de esta referencia puede ayudarnos a comprender lo que significa para nosotros la misión sagrada del acompañamiento vocacional dentro de la Casa de Formación.

Debido a que somos seres relacionales, no compartimos el pan y no compartimos el camino con una sola persona. Además, cuando hablamos desde el contexto eclesial y la vida religiosa, el pan es el alimento que se parte en comunidad y el camino es el mismo para todos, aunque se recorre individualmente. Basándonos en esto, ciertamente podemos afirmar que el primer sujeto del acompañamiento es la comunidad en su conjunto. Una comunidad, ya sea misionera o una casa de formación, es el sujeto principal del acompañamiento.

Comer juntos el mismo pan se refiere no solo al acto de compartir la comida, sino, sobre todo, la vida y al itinerario que se hace caminando juntos. Será muy importante destacar aquí un párrafo contenido en nuestro documento de Valladolid, en el que el ex Padre General, Chris Braun, msc, define la Casa de Formación como "**Una comunidad formativa**".¹ Creo que hay un cambio de paradigma importante aquí. Cuando hablamos de Casa de Formación o Seminario, tendemos a pensar sólo en el lugar físico donde se colocan los formadores y formandos, algunos con la tarea de "formar" y otros con la obligación de ser "formados". Cuando hablamos de comunidades

¹ Conferencia impartida por C. Braun, MSC **Formación MSC Hoy** al comienzo del encuentro mundial de Formadores MSC.

formativas, podemos entender que el actor de la formación no es sólo uno (el formador), sino varios, o, mejor dicho, es la propia comunidad la que forma.

A pesar de que consideramos este trasfondo de que es la comunidad la que forma, está claro para todos nosotros el papel fundamental que desempeña el Formador como acompañante. Es un deber específico que brota de su misión dentro de una Casa de Formación (comunidad formativa). Le corresponde acompañar tanto a la comunidad como al individuo que está siguiendo el proceso formativo.

El acompañamiento de la comunidad pretende poner de manifiesto los límites y las cualidades de cada uno en su relación con los demás, así como evaluar si los miembros de la comunidad formativa son capaces de evolucionar en la humildad del servicio y de compartir los dones recibidos. Una comunidad sólo será una verdadera escuela de discípulos si los miembros se ponen al servicio y, mediante la corrección fraterna, denuncian todo rastro posible de búsqueda de poder y aniquilación del otro dentro de la comunidad. El acompañamiento de la comunidad se inserta en el contexto del discipulado y se remonta a la comunidad de los Doce que, antes de ser enviados a la misión, fueron llamados a estar con Él (cf. Mc 3,14). Quien no puede estar unido en comunidad, difícilmente puede ser misionero en nombre de la comunidad.

El acompañamiento individual, en cambio, al que dedicaremos más atención en este texto, pretende ayudar al formando a integrar progresivamente las diversas dimensiones que caracterizan su vida y su personalidad para, viviendo en comunidad, abrazar el carisma congregacional y servir al Señor. "En este proceso se articulan tres instancias: la escucha de la vida, el encuentro con Jesús y el misterioso diálogo entre la libertad de Dios y la de la persona. Quien acompaña, acoge pacientemente, plantea las preguntas más verdaderas y reconoce los signos del Espíritu en la respuesta de los jóvenes".²

El joven que decidió someterse al proceso formativo es alguien en un momento crítico de cambio de vida. Cómo cada uno desarrolle este cambio dependerá en gran

² SINODO DEI VESCOVI; XV ASSEMBLEA GENERALE ORDINARIA. *I Giovani, la fede e il discernimento vocazionale*. Documento final. Torino: Elledice. 2018

medida de quién le acompañe y cómo lo acompañe. Sobre el "cómo", la estrategia, podríamos esbozar dos aquí, usando las palabras del Papa Francisco sobre la formación:³

1. Modalidad policial: aquella en la que el formador utilizará el acompañamiento y las conversaciones para intentar controlar al formando para que siga las normas y lo que se le mande.⁴ También se podría llamar a esta modalidad como superficial, ya que ve lo que emerge, pero no ve lo que está sumergido y en el origen de las acciones del formando.
2. Modalidad artesanal: aquella en la que el acompañante valora al formando tal y como es y le enseña a discernir a partir de lo que trae consigo, teniendo en cuenta sus luces y sus sombras. Aquí el formador puede incluso estar atento a las reglas que, por fuerza, deben cumplirse. Pero esto no será el centro de su atención. Más bien, debe prestar atención a la fuente, es decir, al lugar desde el que actúa el formando. A diferencia de una forma superficial de acompañamiento, esta estrategia es más profunda y coherente con el tipo de formación que queremos y con la Espiritualidad del Corazón.⁵

2. Acompañamiento individual durante el proceso formativo

En el caso concreto del joven en Formación Inicial, creo que el objetivo del acompañamiento individual es detectar los signos vocacionales presentes en la motivación del joven que quiere entregarse a la Vida Religiosa Consagrada. Más que eso, el acompañamiento regular y progresivo pretende percibir e identificar si el carisma personal del candidato -porque cada uno de nosotros es portador de un carisma personal- puede acomodar en sí mismo el carisma de la Congregación -que también tiene su particularidad-. En otras palabras, podríamos decir que el acompañamiento debe discernir si el candidato tiene la vocación de vivir el carisma dejado por el Fundador dentro de la misión de nuestra Congregación Religiosa.

La persona del formador (acompañante) aparece en el Documento del Sínodo de los Jóvenes como "aglutinador" del itinerario formativo y, en consulta con otros actores

³ PRADO, Fernando. La fuerza de la vocación: *La vida consagrada hoy*. Prior Velho (Portugal): Paulinas, 2018, p.65

⁴ *Ibidem.*, p.65

⁵ *Ibid.*, pág. 65.

implicados en el proceso formativo, puede decidir interrumpir el itinerario formativo de un candidato si, a través del acompañamiento, percibe una falta de vínculos vocacionales y/o religiosos con la Vida Religiosa y con la Congregación.

Si, por un lado, entendemos la vocación como una llamada (del latín = *vocare*), por otro lado tenemos que decir que no todos los candidatos están llamados a la vocación religiosa y que, a menudo, entran en el proceso con otras motivaciones, conscientes o no, más ligadas a la imagen de la Iglesia como institución que a la Iglesia como carisma.⁶ Por eso, el acompañamiento en todo el proceso es absolutamente necesario para ayudar al candidato, en libertad, a discernir cuál es su verdadera vocación.

También hay que tener en cuenta que el acompañamiento presupone una tarea ética al considerar que el ser humano es un sujeto capaz de elegir y que la elección de su futuro es algo que le pertenece y no debe ser expropiado por nadie. No podemos de ninguna manera "hacer proselitismo vocacional", es decir, intentar convertir a una persona sin vocación a la Vida Religiosa sólo por nuestro bajo número de miembros o por otras razones.

No quiero decir aquí que la verdadera vocación sea cien por cien pura. Podemos ser rescatados por el Señor de cualquier situación, incluso las vinculadas al aspecto socioeconómico, como, por ejemplo, los candidatos que acuden a nosotros por la falta de perspectivas de vida y de empleo. Esta es también la forma en que el Señor puede llamar. La cuestión para el acompañamiento no es tanto lo que motivó la entrada en el proceso de formación, sino lo que lo mantiene, así como tener un mínimo de certeza de que el formando es capaz de entender que la vida misionera es un servicio y no una forma de obtener ventajas o esconderse de sí mismo.

⁶ Siempre hay jóvenes en la búsqueda de la ayuda de la institución (...). Hay algunas congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, que aún no se han dado cuenta de la necesidad de hacer un examen exhaustivo de las vocaciones que se presentan y una buena selección de las vocaciones que se le presentan. Cuando se admite a jóvenes sin vocación sincera, sin una clara pasión por seguir a Jesús y vivir como Él, que buscan refugio en tal institución, se está mortificando su instituto o el futuro del ministerio sacerdotal. No se puede admitir a personas que no son aptas, o personas con problemas muy serios que piensan que pueden encontrar apoyo frente a ellos en la vida consagrada. (PRADO, Fernando. *La fuerza de la vocación: La vida consagrada hoy*. Prior Velho (Portugal): Paulinas, 2018, p.53)

Por lo tanto, a medida que evoluciona el acompañamiento individual, el formador debe saber evaluar la necesidad o no de un acompañamiento psicológico. El documento final del Sínodo sobre la Juventud reconoce que

"El acompañamiento psicológico o psicoterapéutico, si está abierto a la trascendencia, puede resultar fundamental para un camino de integración de la personalidad, reabriendo a un posible crecimiento vocacional algunos aspectos de la personalidad que estaban cerrados o bloqueados. Los jóvenes viven toda la riqueza y fragilidad de ser un "sitio de construcción abierto". La mediación psicológica podría ayudar no solo a renavegar la historia personal con paciencia, sino también a reabrir preguntas para alcanzar un equilibrio afectivo más estable.⁷

Una condición *sine qua non* para hacer cualquier elección en la vida es el autoconocimiento. Una persona necesita saber quién es antes de tomar una decisión importante en la vida, como la vocacional. Necesita definirse socialmente, religiosamente, éticamente, necesita definir su identidad sexual y laboral. Todo ello se configurará en su identidad personal. Cuando el formando pueda definirse mínimamente a sí mismo, será capaz de tomar decisiones en la vida.⁸

Dicho esto, sobre el acompañamiento individual, vamos a valernos de las tres instancias que trae el documento del Sínodo de los Jóvenes, citado anteriormente, y tratemos de entender dónde se sitúan estas tres instancias en el proceso de formación. El acompañamiento es un camino que hay que recorrer. El formador y el formando recorren juntos el mismo camino.

3. La escucha de la vida, el encuentro con Jesús y el misterioso diálogo entre dos libertades

El episodio del camino recorrido por los discípulos hacia Emaús (Lc 24,13-35) es más que un punto de referencia cuando hablamos de recorrer juntos el mismo camino. Puede considerarse un arquetipo a partir del cual podemos entender muchos aspectos de la vida. Aquí quiero utilizar este pasaje del Evangelio de Lucas para hablar del

⁷ SINODO DEI VESCOVI; XV ASSEMBLEA GENERALE ORDINARIA. *I Giovani, la fede e il discernimento vocazionale*. Documento final. Torino: Elledice. 2018. N.99.

⁸ BOHOSLAVSKY, Rodolfo. Orientación profesional: *La estrategia clínica*. São Paulo: Martins Fontes, 1993. Pag.221. (Serie Psicología y pedagogía).

acompañamiento a partir del proceso por el cual Jesús va haciendo el acompañamiento a los dos discípulos. En este caso, Jesús es el formador (acompañante) de los dos discípulos que necesitaban dar un nuevo sentido al dolor que habían experimentado.

3.1. *La escucha de la vida - Jesús se acerca y camina con ellos (Lc 24:13-15)*

Los discípulos iban tristes por el camino, buscando un significado o un sentimiento que expresara toda su decepción por los acontecimientos que acababan de producirse. Nacen en nosotros muchos tipos de sentimientos y no podemos definir qué son y por qué están ahí. Nos perdemos. En ese momento, Jesús se acercó a ellos para caminar juntos y comenzó a escucharlos, sin juicios, sin correcciones, sin cinismo, con la mente y el corazón abiertos, para simplemente acoger lo que los dos traían de sus historias de vida y la expresión de sus sentimientos.

El acompañamiento individual, sea cual sea su finalidad, requiere en primer lugar una actitud de escucha de la vida. Por "escuchar la vida" me refiero a todas las historias almacenadas en nuestras mentes, corazones y cuerpos. Sí, hay historias de vida marcadas en el cuerpo: posturas, enfermedades, marcas, comportamientos, etc. - y que nosotros también debemos intentar comprenderlos. Escuchar la historia de la vida de la persona en formación es no alienarse a un modo de actuar habitual de muchos acompañantes espirituales que se contentan con escuchar formulaciones superficiales de una experiencia espiritual totalmente alejada de la realidad. Cuando se empieza a hablar demasiado del cielo y demasiado poco del barro del que estamos hechos, debemos llevar a la persona a mirar su propia humanidad, su propio *humus*.

La escucha de la vida exigirá un movimiento de ida y vuelta: por parte del acompañado, tendrá que crecer en confianza y ser capaz de desplegar su historia gradualmente en el sentido de buscar ver el conjunto y discernir hacia dónde le lleva Dios. Por parte del acompañante, deberá ofrecer tal confianza para que el formado se sienta seguro de compartir su pan, sus historias, y de recorrer su camino siendo ayudado por él.

Sin embargo, aquí puede surgir un gran problema para el formando, pero es posible resolverlo con paciencia y sabiduría: ¿cómo confiar en alguien que va a

evaluarme en base a lo que digo? El formando sabe que tiene que abrirse al formador, pero también sabe que será evaluado por éste. Una de las formas más sencillas de desatar este nudo es cuando queda claro para ambos que la honestidad y la sinceridad son los elementos que pesan para dicha evaluación.

Desde el principio del camino, el formador tiene que decir y mostrar que la apertura y la transparencia son condiciones esenciales para el acompañamiento y que esto es lo que se evaluará: ¿hasta qué punto este candidato es capaz de ser honesto consigo mismo y con la Congregación para " ser el protagonista " de su vocación? Para mí, si el acompañamiento individual debe tener un criterio, éste es uno de los más relevantes. Sin embargo, el formador debe ser paciente y saber que la confianza no se construye de la noche a la mañana. No se puede exigir a un candidato, ya en la primera conversación, que revele todo sobre sí mismo. Pero tampoco se puede admitir que un candidato, al final del proceso, no haya revelado nada sobre sí mismo.

Las personas, y en nuestro caso los formandos, quieren que se les escuche con empatía. Quieren ser acogidos, atendidos y sanados, como los discípulos se sintieron acogidos por el Maestro cuando iban con él por el camino compartiendo sus lamentos. El Maestro se puso en sus sandalias, recorrió el camino con ellos, dejó que se expresaran. Al escuchar, no se trata de aportar respuestas ya hechas a todas las preguntas. De hecho, esta es una de las grandes tentaciones que tenemos como clérigos, es decir, tener que dar respuestas a todas las preguntas. El acompañamiento tiene más que ver con la profundización de las preguntas que con responderlas.

La persona que escucha con empatía debe ser consciente de las diferencias culturales, económicas, sociales y de visión del mundo que trae cada formando. A veces, incluso los jóvenes de una misma región traen experiencias completamente diferentes, especialmente en el mundo globalizado de hoy. Ya no es posible, en el acompañamiento, tener recetas y respuestas preparadas para todo. Así que, una vez más, el acompañamiento no consiste en resolver problemas, sino en escuchar la vida que late en cada individuo, capacitándolo poco a poco para elegir el camino a seguir.

Al igual que los discípulos de Emaús, los formandos de hoy en día traen muchas desilusiones: relaciones con sus padres y con su familia, marginación, exclusión, historias de abuso -ya sea de poder o incluso sexual-, su cuerpo y su afectividad, así como muchas

otras que podrían citarse aquí. Muchas de estas decepciones serán resignificadas a través de la escucha. Jesús sigue el mismo camino, escuchándolos.

3.2 El encuentro con Jesús - Los ojos de los discípulos se abren (Lc 24,27-31)

Jesús entra en la casa de los discípulos a petición de éstos: "*¡es tarde, quédate con nosotros!*". Y allí, mientras parte el pan, se les abren los ojos, reconocen a Jesús y recuerdan que su corazón ardía mientras les explicaba las Escrituras en el camino, mostrándoles que todas esas cosas tenían que suceder para que la historia se cumpliera.

La segunda etapa del acompañamiento individual durante el proceso formativo es quizás la más exigente para el acompañante. Porque se trata de reformular las preguntas, revisar (ver con otros ojos) la vida a través de otra perspectiva. El formador aquí tendrá que ser capaz de abrir el mapa de la vida ante los ojos del formando y mostrar que hay zonas inexploradas, lugares a los que quizás no ha podido llegar e indicar el camino para ir allí y sacar lo que necesita ser conversado y explorado.

Así como Jesús explicó pacientemente las Escrituras a los discípulos en el camino de Emaús, mostrándoles que todo debía suceder así, el formador debe hacer lo mismo: considerar todo lo que ha sucedido o está sucediendo en la vida del que se está formando para que pueda comprender el pasado a partir de lo que está por nacer. El acompañante debe ayudar al acompañado a percibir los signos y a ver su historia a partir de la resurrección y no a partir de los signos de muerte presentes en ella. Además, verlo como la historia de una llamada, si este fuera el caso.

Para que el acompañamiento evolucione hasta esta fase, las conversaciones deben ser profundas y no superficiales. Es necesario que el objeto de las conversaciones sea algo importante para ser resignificado (dotado de otro significado). En el acompañamiento, habrá días en que las conversaciones sean meramente superficiales o prácticas. Y es bueno que no todas las conversaciones sean exigentes. A veces es importante relajarse y dar tiempo a que surjan los temas más importantes. Sin embargo, si el formador percibe que el formando sólo menciona cuestiones superficiales, tendrá que provocar en algún momento que el formando profundice en las cuestiones y le invite a entrar en su "casa".

Por experiencia, sabemos que cada persona que se somete al proceso tiene siempre un punto en torno al cual giran las conversaciones y las preguntas. Suele ser un acontecimiento, un trauma, una imagen distorsionada de uno mismo que plantea otras y otras cuestiones. Es importante encontrar aquí este punto de convergencia y, a partir de él, seguir leyendo los acontecimientos a la luz de la resurrección y de la llamada vocacional.

El formador debe estar bien apoyado en la vivencia de una espiritualidad que le permita conducir al formando a esa otra etapa que es la del encuentro con Jesús. Es aquí donde, partiendo de la dura realidad de la historia que trae el formando, con todos sus dolores, el formador está llamado a preguntarse junto con el formando: "¿Por qué ha pasado esto en mi vida? Esta pregunta destruye el victimismo del "por qué", que apunta al pasado, y construye el protagonismo del " para qué", que nos lanza al futuro. El objetivo es ir, junto con el formando, identificando los elementos vocacionales presentes en su historia a la luz del Espíritu de Dios, para discernir cuál es su vocación. Si nada es por casualidad, necesitamos acompañantes que sepan escuchar y hacer que el acompañado se encuentre con Jesús, es decir, con el " para qué " de su historia.

3.3 El diálogo misterioso entre dos libertades - Y volvieron inmediatamente a Jerusalén (Lc 24,33)

De la escucha de la Palabra pasamos a la alegría del encuentro con Jesús. Les explica todo lo que tuvo que pasar para que los discípulos llegaran a reconocer que estaba con ellos, que no les había engañado y que seguiría con los discípulos a través de la presencia del Espíritu Santo. Y lo más importante: que el signo de la fracción del pan se convirtiera para ellos en el sacramento de la vida eterna. Los discípulos ya no tienen dudas y ahora saben lo que tienen que hacer: parten hacia Jerusalén para difundir la Buena Noticia a los demás y continuar la misión dejada por el Señor.

Saber qué hacer. Saber qué respuesta dar. Si el acompañamiento individual alcanza este nivel, podemos decir que ha cumplido su función. El formador que, al final del acompañamiento -sea de un año, de una etapa o de todo el proceso formativo- haya ayudado al formando a dar una respuesta, en libertad, habrá ayudado a este candidato en su discernimiento.

A partir de la escucha de la vida, el formador ayudará al formando a mirar desde otra perspectiva, a ver cosas que no se pueden ver superficialmente, a aclarar lo que está borroso, a plantear preguntas que el formando hasta ahora no ha tenido el valor de hacerse. Al final del camino, cuando las cosas adquieran un nuevo sentido, el formando estará en paz con su historia y tendrá la libertad de elegir, si continuar o no en el camino de la Vida Religiosa. Sin todo este movimiento, es muy posible que la elección esté influenciada por nuestros afectos desordenados, por la lectura equivocada de nuestra historia de vida, o incluso por la imagen de una Iglesia institucional anclada en el poder.

Según Rodolfo Boholavsky, gran especialista y teórico de la orientación vocacional, toda vocación es un intento de reparación.⁹ De forma muy resumida, su idea es que toda llamada vocacional es la posibilidad que tenemos de reparar algo traumático ocurrido en nuestra historia vital pasando del dolor al amor y amando desde ahí. Un niño que ha estado muy enfermo, por ejemplo, podrá reparar el dolor de esa infancia en una vocación que tenga que ver con la salud o la curación. Su vocación será, pues, una forma de dar un nuevo sentido al dolor de la infancia.

Sin profundizar en este tema de la reparación, para no perder el enfoque del acompañamiento, es importante simplemente decir que no todos los candidatos que recibimos en nuestras casas están llamados a la Vida Religiosa y a sus exigencias. Si no hay una motivación realmente clara y arraigada en su historia de vida, podemos acoger a personas que pasarán toda su vida en nuestra Congregación sin saber qué son ni qué hacen allí. Peor aun cuando se convierten en una carga para una comunidad misionera en el futuro. Digo esto para reafirmar, una vez más, el valor y la necesidad de un buen acompañamiento durante el tiempo de la Formación Inicial.

⁹ Posiblemente útil que el concepto de "sublimación" es el de "reparación", que surge de la escuela inglesa de psicoanálisis. Sugiere entender la reparación como una variable independiente y la identidad ocupacional como una variable dependiente.

Entre nosotros, Wender (51) postula la hipótesis de que las vocaciones expresan respuestas del ego a los "llamados" interiores, llamados objetos internos deteriorados, que piden, se quejan, exigen, imponen, sugieren, etc., ser reparados por el ego.

La elección de la carrera mostraría la elección de un objeto interior a reparar. Esto significa que la carrera sería una respuesta del ego (el invocado) a un objeto interior dañado (invocador). BOHOSLAVSKY, Rodolfo. Orientación profesional: *La estrategia clínica*. São Paulo: Martins Fontes, 1993. Pag.73

Conclusión - " Amados por Dios para amar a todos"

El teólogo João Batista Libâneo, SJ, en una conferencia a la Familia Chevalier en Brasil, una vez resumió nuestro carisma en la siguiente frase: el Misionero del Sagrado Corazón es un hombre amado por Dios para amar a todos. Utilizo esta frase para concluir este texto reafirmando la gran importancia de un buen acompañamiento en el proceso formativo. Esta frase tiene que ver con lo que dice el No. 34 de nuestras Constituciones:

"Por la profesión de consejos evangélicos, proclamamos que la fuerza impulsora de nuestras vidas, como Misioneros del Sagrado Corazón es nuestra fe en el amor que Dios nos ha manifestado en el Corazón de Cristo. Nuestra profesión religiosa expresa, sobre todo, nuestro deseo de buscar a Dios y de responder a su amor porque Él nos amó primero".

La respuesta libre a la llamada sólo puede producirse a partir del momento en que el formando es capaz de definirse, es decir, de conocer su identidad personal, de conocerse a sí mismo y de estar en paz con lo que ha descubierto durante el proceso. En otras palabras, esto es lo que significa, según nuestras Constituciones, *"responder a su amor porque Él que nos amó primero"*.

La formación inicial tiene como objetivo principal ayudar al formando a conocer y experimentar el amor de Dios incluso allí donde le duela. Vemos muchos hermosos discursos espirituales de personas que hablan del amor de Dios, pero que no están convencidas de ello porque han experimentado y experimentan grandes golpes en su alma. Por no hablar de los que no dejan entrar a nadie en sus historias porque son autosuficientes o narcisistas.

Saber que somos amados por Dios es una tarea exigente. Incluso nosotros, que ya hemos recorrido una buena parte del camino con el Maestro, a veces necesitamos reconfirmar este amor. Sentir y saber que somos amados es una tarea de toda la vida, ya que la adversidad y las experiencias negativas insisten en hacer aflorar nuestras compulsiones. Así que nunca podemos decir que estamos totalmente completos y satisfechos porque nuestro corazón siempre desea a Dios, pero de vez en cuando también se aleja de Él.

Para los que siguen en la Vida Religiosa, el acompañamiento no termina. Cambia de escenario, cambia de acompañante, pero se revela como una necesidad. Siempre estamos en camino y si tenemos un buen acompañante siempre se hace más agradable

el viaje y podremos amar porque sabemos que somos amados primero. Que nuestra gran contribución como formadores sea inculcar a los jóvenes en formación el deseo de recorrer el camino siempre acompañados de un buen acompañante, hasta el final de nuestra entrega.